

La Modernización del Japón

RIKIWO SHIKAMA*

RESUMEN

El autor presenta en forma general una visión del proceso de modernización del Japón. El significado importante de la Revolución Meiji, haciendo alusión al contexto en el cual ésta se desarrolló.

Hace un análisis comparativo de la China y Japón derivado de las tesis del doctor Reischauer, catedrático de la Universidad de Harvard.

Resalta la importancia que tuvo en el proceso de modernización las características específicas del régimen feudal japonés, y el alto nivel de alfabetización, que supuso una mayor capacidad para absorber y asimilar la cultura occidental.

Hace aproximadamente veinte años, el Japón celebró el centenario de la "Revolución Meiji", el siglo más dinámico y dramático de la larga historia de mi país.

La Revolución Meiji significa para la historia japonesa lo siguiente:

1. La restauración del Mandato Imperial.
2. La constitución de un Estado-Nación.
3. La defensa de la soberanía en la época impetuosa del colonialismo occidental.
4. El punto de partida de la modernización del país.

En primer término, la Revolución Meiji significa la restauración del Mandato Imperial, es decir, el retorno del dominio imperial.

En efecto, en 1867, el decimoquinto Shogun, o sea generalísimo de la Casa Tokugawa, devolvió el largamente detentado poder gubernativo al Trono Imperial personificado en el Emperador Meiji, abuelo del actual Emperador. Así se marcó el final no sólo del Shogunato Tokugawa, sino también de una peculiar forma de gobierno de guerreros o "samurai", que había durado desde las postrimerías del siglo XIII. En este sentido, con merecida razón se denomina este acontecimiento la "Restauración Meiji".

Sin embargo, este trascendental hito en el devenir histórico del Japón no marcaba meramente la

* Embajador del Japón en Colombia.

restauración de un Estado Imperial tal como se conocía en lo antiguo, ni mucho menos se trataba de un simple cambio en el poder político.

Una vez restaurado el Mandato Imperial el Emperador Meiji abolió todo el régimen feudal que dominaba el país orientándolo hacia nuevos horizontes políticos y sociales; dos décadas después, en 1889, convirtió la nación en un Imperio Constitucional, introduciendo un sufragio limitado.

Japón entró, así, decididamente, en un camino de innovación irreversible. Por eso, sería mejor llamar el período que se inicia con el de la "Revolución Meiji".

En segundo lugar, la Revolución Meiji significa la constitución de un Estado-Nación.

El término Estado-Nación es una noción peculiar que la historia universal de las civilizaciones aplica a un Estado moderno que haya logrado constituirse sobre la base de la solidaridad espontánea de todo un pueblo liberado de la forma política anterior, la cual puede ser un Estado feudal, un imperio de tipo antiguo, una organización primitiva, etc.

De acuerdo con ese criterio, la Revolución Meiji significa también el surgimiento de un Estado-Nación en el Japón, cimentado en la unificación de todo el territorio japonés. Porque hasta entonces el país estaba dividido en muchos feudos. Cada señor feudal disponía de sus dominios y vasallos según sus propios fueros. El régimen feudal era muy similar al que imperaba en Europa durante la edad media.

Es de destacar que en todo el Asia sólo el Japón conocía el régimen feudal en el sentido europeo. Yo no sabría explicar bien la razón de la existencia del paralelismo de una institución histórica, tan peculiar, entre Europa y el Japón. Sin embargo, vale la pena llamar su atención sobre este hecho significativo, uno de los típicos principales de la historia japonesa.

Por otro lado, el feudalismo japonés tenía un elemento poco común con el feudalismo europeo en general. Se trata del poder que detentaba el Shogunato Tokugawa el cual era más prepotente que el que se supone que tenía el gobierno central de un estado feudal en Europa. Era tan poderoso que se podía considerar como el poder público del Japón, o sea un gobierno medio centralista, aunque imperfecto. Tal vez, Europa conoció un caso semejante: el caso español.

Efectivamente, la dinastía de León-Castilla y la de Aragón dominaban bastante autoritariamente los feudos señoriales bajo sus jurisdicciones, y mucho más, después de la unión de ambas dinastías. Gracias a la Revolución Meiji el Japón realmente pudo erigirse en un Estado-Nación liquidando en principio el feudalismo.

Pero esto no quiere decir que hubo un cambio brusco e imprevisto. Durante la época anterior, los japoneses ya habían llegado a adquirir suficiente conciencia de la solidaridad auténticamente nacional aunque políticamente se hallaban divididos: en el plano horizontal, en feudos y en el vertical, en cuatro clases sociales (guerreros, agricultores, artesanos y comerciantes). Además, la situación económica estaba bastante madura para convertirse en un mercado homogéneo de dimensión nacional, con manufacturas desarrolladas y mercancías que circulaban casi libremente, a lo largo y ancho del país, no obstante las fronteras feudales existentes.

En una palabra, el Japón ya estaba capacitado para constituirse en auténtico Estado-Nación, paralelamente al naciente impulso popular de inspiración nacional, ante los avances de las potencias europeas hacia Oriente.

Precisamente, a continuación, vamos a considerar a grandes rasgos la situación internacional en el Extremo Oriente dentro de la cual debía desarrollarse la Revolución Meiji. De esta manera, pasamos al tercer punto significativo de la Revolución Meiji, es decir, la defensa de la soberanía en la época impetuosa del colonialismo occidental.

En el siglo XIX es la etapa de auge del colonialismo occidental en Asia.

Las potencias occidentales, una vez realizada la constitución respectiva de sus propios Estados-Naciones, comenzaron a salir de sus ámbitos nacionales buscando la dominación política y económica en otras partes del mundo. El primer ejemplo y anterior al siglo del colonialismo europeo, fue el caso ibérico. Ya en el siglo XVI, España y Portugal empezaron a colonizar el continente americano en particular. Uno o dos siglos después, Francia, Inglaterra, Holanda, Rusia, etc. participaban en la carrera colonizadora del mundo, y en el siglo XIX los Estados Unidos, siendo originalmente una colonia, aparecían como una de las fuerzas mundiales en el escenario asiático. A fines del siglo pasado, Inglaterra y Francia se asomaban al Extremo Oriente después de conquistar, entre otros países, India e Indochina, respectivamente; Rusia se aprestaba

a consumir la colonización de Siberia. Los Estados Unidos buscaban introducirse en un vasto mercado potencial, que era el Extremo Oriente, para sus industrias que ya daban síntomas de un rápido florecimiento.

Los intelectuales japoneses de aquella época, a través de los libros clandestinamente introducidos desde China, no ignoraban totalmente la situación internacional dominante en el Extremo Oriente. Sobre todo, la noticia de la "Guerra del Opio" —en la que el Imperio Chino, aparentemente todopoderoso, sufrió una derrota rotunda por las fuerzas expedicionarias inglesas y francesas— conmovió a la sociedad japonesa profundamente.

¿Cuáles fueron las repercusiones de esta situación en el Japón? En las postrimerías del sistema político tradicional que presidía el Shogun Tokugawa, los ingleses estaban dispuestos a ayudar a los partidarios de la restauración del régimen imperial, mientras que los franceses, a los seguidores de Shogunato. Al Japón se le había presentado un panorama conflictivo, pues todo el país estaba a punto de convertirse en un campo de batalla a causa de las maniobras del colonialismo europeo. Conscientes del inminente peligro, los dos sectores internamente opuestos del país depusieron sus disputas en aras de la integridad de la soberanía nacional y pudieron encontrar a tiempo un arreglo pacífico entre sí y realizar la transferencia del mandato del Shogunato a la Casa Imperial, evitando así afortunadamente una posible guerra civil generalizada.

"En otras palabras,
nosotros no hemos simplemente adoptado
algunos frutos de la civilización occidental...,
hemos aprendido de raíz
sus principios".

De esta manera, el Japón salió milagrosamente indemne de en medio del movimiento colonizador occidental. Esto se debió, por una parte, a la sabia decisión de los dirigentes en defensa de la soberanía nacional. Pero, por otro lado, es innegable que el Japón estaba favorecido por la circunstancia de que el colonialismo, sostenido por el mercantilismo, había llegado justamente a un punto de equi-

librio e iba a transformarse en un auténtico imperialismo basado en el capitalismo clásico. En una palabra, las potencias colonizadoras habían llegado a equiparar sus fuerzas en torno al Japón.

Por último, otro de los singulares aciertos de la Revolución Meiji se refiere a la consagración de la supresión de la política de aislamiento del mundo exterior, que fue el punto de partida de la modernización del Japón.

A fines del Shogunato, el gobierno de Tokugawa ya se había visto obligado por la presión de las potencias occidentales a abrir el país a la sociedad internacional y tuvo que celebrar, en 1860, los respectivos tratados de comercio con los Estados Unidos, Rusia, Holanda, Inglaterra y Francia, dando por concluida la política de aislamiento que tuvo cerrado el país por más de doscientos años. Este largo tiempo de incomunicación con el exterior, junto con el dilatado período de paz interna, contribuyó notablemente a la formación de la idiosincrasia nacional del Japón.

Pero, al mismo tiempo, no puede pasarse por alto que ello provocó cierto sentimiento xenóforo entre la población. En consecuencia, al permitirse la presencia de extranjeros en el país y cerca de la capital, como resultado de la concertación de los mencionados tratados, el pueblo se mostró cauteloso ante la introducción de lo occidental.

El Shogunato se encontraba entonces en decadencia, en un proceso de debilitamiento progresivo, mientras que los partidarios de la restauración del gobierno imperial aumentaban en fuerza; la mayoría de éstos consideraban la política de aislamiento como sagrada...: emanante de la tradición imperial.

Es realmente irónico que los dirigentes de la restauración, una vez conseguido el poder político, se convirtieron todos en fervorosos partidarios de la modernización del país basada en el modelo occidental.

De esta manera, se estaban dando las pautas para iniciar el proceso irreversible de la modernización del Japón.

Antes de analizar en detalle el proceso como se modernizó el Japón, convendría definir lo que es la modernización, en general, en la historia universal.

La modernización no es necesariamente euro-

peización ni occidentalización. La modernización es un proceso de transformación social que se produce en una determinada etapa de desarrollo de un país —sea europeo, americano, africano o asiático—, proceso que podría acelerarse por las propias condiciones específicas de orden político, social y económico.

Suele consistir en una urbanización relativamente alta, un elevado nivel de ingresos per cápita, una difusión generalizada de la educación, una industrialización y comercialización extensamente desarrolladas, una cierta participación de los ciudadanos en la vida nacional en los aspectos político, social, económico, etc.

En la historia universal se conceptúan tres tipos diferentes de modernización. El primer tipo se refiere al europeo, el cual se realizó eminentemente en Inglaterra, Francia, Holanda, y probablemente en los Estados Unidos. El proceso de este primer tipo se produjo y maduró por factores totalmente intrínsecos a los países en cuestión.

El segundo tipo involucra aquellos países cuyo nivel de civilización era relativamente alto, pero no lo suficientemente elevado para poder por sí mismos modernizarse espontáneamente, de suerte que necesitaban un cierto impacto de civilizaciones foráneas como las que ofrecían las naciones pertenecientes al primer tipo. Rusia, China y el Japón son casos típicos en este sentido.

En el tercer tipo se considera a muchos países afro-asiáticos, que durante largos años se hallaron sometidos a la colonización occidental, excluidos de la sociedad internacional civilizada, y que después de la última Gran Guerra han sido iniciados en el proceso de modernización.

Al abordar el tema del concepto de modernización había expresado que ésta no consistía necesariamente en occidentalización. En efecto, el gobierno del Emperador Meiji adoptó ejemplos occidentales para modernizar el país: una constitución basada en el modelo prusiano, una reorganización de las fuerzas armadas con fuerte influencia, primero, francesa, y luego prusiana, una organización de partidos políticos de inspiración británica y norteamericana, una adopción general de la forma jurídica de sociedades anónimas con acciones para las entidades industriales y comerciales, etc.

Desde luego, se engendró el tremendo problema de cómo armonizar tal modernización con nues-

tra propia tradición milenaria. No poca gente estimó que en este proceso de introducción de la cultura occidental se hallaba latente un peligro de serio perjuicio, o hasta quizás de destrucción de la unidad social, cultural y espiritual del país. Esto produjo una confusión de valores, dicho más explícitamente, el conflicto entre los valores de Occidente y los de la corriente tradicional fue inevitable.

“Por último, otro de los singulares aciertos de la Revolución Meiji se refiere a la consagración de la supresión de la política de aislamiento del mundo exterior que fue el punto de partida de la modernización del Japón”.

Todo ello no fue óbice, sin embargo, para que los dirigentes de la Revolución Meiji, de mentalidad y actitud realmente audaces, se decidieran a impulsar la occidentalización justamente hasta el máximo límite permisible por la tradición, que pudiera evitar la pérdida catastrófica de la idiosincrasia nacional. Además, ellos supieron aprovechar algunos valores tradicionales y se esforzaron en escoger el camino menos espinoso, al que la población no opusiera resistencia, a fin de llevar a cabo la política de modernización que para ellos era un mandato categórico.

Entre paréntesis, a lo largo de la historia universal hay sólo otro ejemplo de intento de modernización a través de una occidentalización extremada como en el caso japonés. Es el caso turco. Realmente, Turquía inició su modernización igualmente después de la Primera Guerra Mundial bajo la dirección de Kemal Pasha.

Los japoneses hemos sabido así aprender bien la esencia de la civilización occidental, hacerla nuestra y no escatimar esfuerzos para crear una síntesis original en una forma de una nueva civilización moderna.

En otras palabras, nosotros no hemos simplemente adoptado algunos frutos de la civilización occidental..., hemos aprendido de raíz sus principios.

Todo el mundo admite que el talento de crear algo es indudablemente digno de admiración, pero

también resulta objetivamente cierto que para aprender lo ya creado se requiere otro género de talento no menos digno y respetable, pues si se aprende bien algo se hallan facetas perfectibles y se sabrá desarrollarlo más, lo que equivaldría a crear otra cosa.

Hoy en día, la sociedad internacional tiene el arduo problema de cómo ayudar eficazmente a los países en vías de desarrollo. Es cierto que esas ayudas serían infructuosas si los países recipientes desearan solo determinados frutos de una civilización ajena y no trataran al mismo tiempo de aprender los principios científicos y técnicos de su producción.

Ortega y Gasset, filósofo español, observaba ya entre las dos guerras mundiales este problema, señalando que para él “es el síntoma de la desproporción entre el provecho que el hombre medio recibe de la ciencia y la gratitud que le dedica —que no le dedica— el más aterrador...”.

Fenómeno semejante podría suceder en estos días inclusive entre las naciones.

Los japoneses de aquella época no sólo imitaban técnicamente la civilización occidental, o sea adoptaban sus frutos convenientes, sino que también la aprendieron de raíz. Por eso, nosotros guardamos siempre una profunda gratitud y debido respeto a la civilización occidental, única civilización en toda la historia universal que ha sabido crear un sistema de ciencias totalmente objetivas, aprovechables por toda la humanidad.

Todas las consideraciones expuestas someramente hasta aquí indican la trascendental importancia de la Revolución Meiji en la historia del Japón. Y es que el Japón ha progresado vertiginosamente en estos ciento veinte años y ahora se encuentra en la fase final de su modernización, presto a ingresar en un nuevo proceso de otra magnitud, es decir, la creación de una nueva civilización que sintetice en sí misma los mejores valores de Occidente y Oriente para poder contribuir mucho más activamente al desarrollo y a la felicidad de toda la humanidad.

A veces califican nuestro proceso tan acelerado de modernización como un milagro, un caso excepcional, etc. Pues bien ¿Por qué el Japón ha podido modernizarse tan rápidamente? Esto nos plantea otro problema lleno de interés desde el punto de vista de la historia universal de las civilizaciones.

Al respecto, el doctor Edwin Reischauer, catedrático de la Universidad de Harvard y ex-embajador de los Estados Unidos en el Japón, propone unas ideas interesantes en un ensayo intitulado “La modernización de China y del Japón en el siglo XIX”, publicado en 1963.

El doctor Reischauer observaba que la China de entonces estaba mucho más avanzada que el Japón en los aspectos político y cultural, y además mantenía contacto con los países occidentales desde mucho antes y mucho más intensamente que mi país.

Cabe, entonces, formularse la pregunta: ¿Por qué el Japón, en comparación con China, se ha modernizado tan rápidamente?

Después de analizar y criticar varios conceptos generalmente aceptados sobre este tema, el doctor Reischauer presenta como elementos principales y determinantes para explicar el fenómeno histórico, las siguientes cuatro razones:

1. Diferencia de las actitudes tradicionales del Japón y la China frente a lo foráneo.
2. Fecunda diversidad horizontal y vertical de la sociedad japonesa de entonces.
3. “Entrepreneurial spirit” o espíritu empresarial de los hombres de negocios japoneses.
4. La existencia previa en el Japón de instituciones bastante avanzadas de orden económico.

Acaso algunas de estas razones parezcan un tanto intrigantes. Particularmente, creo que las ideas del doctor Reischauer son muy acertadas y bien merecen nuestra atención.

Resumiendo su esencia, expondré puntos de vista.

El primero se refiere a la diferencia fundamental de la mentalidad de los dos pueblos.

Desde la antigüedad, la China es conocida como un gran país continental, poderoso y próspero, geográficamente distante de otros centros de civilización de el mundo, que tiene el mérito y la experiencia de haber creado y mantenido una alta civilización original, único caso en el Extremo Oriente. Esto indujo a los chinos a que siempre consideraran sinónimos los términos “civilización” y “China”. Estaban absolutamente convencidos de que

“En cambio, en el régimen feudal del Japón, las cuatro diferentes clases sociales (samurai o guerreros, agricultores, artesanos y comerciantes) eran tan herméticas y exclusivas que no era posible pasarse de una clase social a otra, salvo raras excepciones”.

no tenían nada que aprender de otras partes del mundo.

En cambio, el Japón, país pequeño e insular, ubicado muy cerca del continente asiático, ha venido recibiendo, quíeralo o no, la influencia de culturas extranjeras, sobre todo de la civilización china. Podríamos decir que el Japón era culturalmente una provincia del Imperio Chino, como Iberia respecto del Imperio Romano.

Desde tiempos inmemoriales, los japoneses somos vivamente conscientes y muy receptivos de todo cuanto de avanzado ocurre en los países ultramarinos.

Al analizar la historia de nuestro país, los japoneses estamos acostumbrados a poner gran énfasis sobre los elementos culturales introducidos desde el exterior, de modo que para los japoneses del siglo XIX fue relativamente fácil aceptar la idea de que había muchas cosas que aprender de Occidente, provisto de armas superiores y de economías poderosas, lo cual era muy arduo para los chinos, sin duda alguna.

La segunda razón a comentar tal vez parezca algo paradójica al insistirse en que el caso japonés era más favorable para la modernización del país que el caso chino, precisamente porque el Japón, horizontal y verticalmente dividido, estaba mucho más atrasado que China con su gobierno centralizado y con una estructura social más homogénea.

China ya había establecido desde hacia varios siglos una administración centralista que dominaba en todo su vasto territorio, una administración tan poderosa que le permitía sofocar sin dificultad cualesquiera reacciones locales al impacto de la civilización occidental cuando las juzgaba negativas a la política del gobierno central. El caso japonés

era diferente. El país estaba dividido en más de 250 feudos; la mayoría de ellos no tenía méritos ni capacidad suficientes para hacer frente al impacto europeo, al igual que el gobierno central. Y aunque se advertía una orfandad casi generalizada de dirigentes competentes, felizmente en algunos señoríos locales y aún en las propias filas del gobierno central se podía contar con ciertos elementos sobresalientes, de gran inteligencia, que mostraban reacciones increíblemente ricas y variadas ante las circunstancias que se presentaban.

Tocando otro aspecto, China era una sociedad algo igualitaria; la movilidad entre las clases sociales se hallaba bastante libre de impedimentos. Todos tenían la posibilidad de escalar los altos puestos hasta convertirse, inclusive, en altos funcionarios de la corte imperial, con tal de aprobar sobresalientemente los exámenes estatales.

En cambio, en el régimen feudal del Japón, las cuatro diferentes clases sociales (samurai o guerreros, agricultores, artesanos y comerciantes) eran tan herméticas y exclusivas que no era posible pasarse de una clase social a otra, salvo raras excepciones.

Los chinos aspiraban, pues, a un status social más elevado mientras que los japoneses se esforzaban por alcanzar las metas que se proponían a sí mismos dentro de sus respectivas esferas predestinadas, sin preocuparse demasiado de cambiar su propio status social. En efecto aún después de la Revolución Meiji, surgieron visionarios hombres de negocios que contribuyeron abnegadamente a la modernización del país al dedicarse enteramente al desarrollo de la industria y el comercio, sacrificando sus aspiraciones de mejoramiento de rango social y sin buscar cargos gubernamentales.

A propósito, dicho sea entre paréntesis, este aspecto recordaría la teoría de Max Weber, filósofo y sociólogo alemán, acerca de la posible relación entre el progreso del capitalismo clásico y el espíritu del protestantismo.

Como tercera razón de la rapidez de la modernización del Japón, el doctor Reischauer señala, con gran énfasis, el espíritu empresarial extraordinariamente vigoroso de los hombres de negocios japoneses de aquel entonces.

¿Por qué se cultivaba este espíritu más notoriamente en el Japón que en China?

En la historia china era frecuente que un gobier-

no poderosamente centralizado impusiera trabas abrumadoras a entidades privadas que resultaban lucrativas, obligándolas a pagar tributos agobiadores o simplemente confiscándolas.

Las iniciativas empresariales del sector privado eran sistemáticamente entorpecidas. Los Chinos de aquella época se veían obligados, por las razones mencionadas, a concentrar sus inversiones en transacciones comerciales a corto plazo, a convertir sus ganancias en bienes raíces o, sencillamente, a dedicarse a la usura.

En el régimen feudal del Japón, la clase superior de los "samurai" menospreciaba a las otras clases sociales, en particular a la de los comerciantes, pero no intervenía en las actividades atribuidas por derecho feudal a cada una de las otras clases. Los comerciantes y los agricultores ricos podían sentirse relativamente seguros con respecto al principio de no intervención en sus negocios por parte del gobierno y, así, lanzarse tranquilamente a inversiones a largo plazo en la industria y el comercio, como en forma similar ocurrió en Europa.

De esta manera se perfilaba ya, desde antes de la Revolución Meiji, un ambiente propicio para el desarrollo de la actitud empresarial de los hombres de negocios de nuestro país, actitud... vocación... o espíritu emprendedor que resultó ser luego uno de los principales factores de la modernización del Japón.

En torno al cuarto aspecto notable en el proceso de la modernización de nuestro país, se señala el hecho de que hasta comienzos del siglo XVIII el Japón estaba atrasado en el orden económico en comparación con China. Pero, durante aquella centuria y principios del siglo XIX, el Japón había logrado un acelerado desarrollo económico y ya hacia mediados del siglo pasado había podido organizar instituciones financieras y comerciales más avanzadas que las correspondientes de China. Por tanto, las entidades manufactureras ya solían ser de mayor envergadura en el Japón que en la China.

¿Por qué sucedió esto?

Una de las razones explicativas de este hecho histórico podría atribuirse al régimen feudal japonés. Los derechos consuetudinarios instituidos durante el feudalismo resultaron más eficaces y convenientes en el período estable de paz interna de la época de Tokugawa, en comparación con el sistema jurídico, aparentemente racional, que el Imperio

de los Celestes mantenía para la China de entonces.

He aquí expuestos los cuatro factores que, según el doctor Reischauer, explicarían el porqué de la rapidez extraordinaria de la modernización de nuestro país. Se debería añadir un factor más. Es el elevado nivel del sistema educativo.

Ya en los tiempos de Tokugawa la enseñanza elemental estaba sumamente generalizada; los señores feudales fomentaban sin excepción la creación de centros educativos, tanto oficiales como particulares, en favor de sus súbditos. En los planteles oficiales se enseñaba en especial las obras clásicas del confucianismo; en las escuelas privadas se impartía instrucción de carácter práctico: lectura, escritura y cálculo, como popularmente se denominaba en aquella época.

Es interesante mencionar que varios occidentales que llegaron en misión oficial, para visitar el Japón de entonces, describían en sus respectivas memorias como una cosa extraordinaria, la costumbre bastante generalizada en el pueblo de leer libros, según ellos habían observado.

Después de la Revolución Meiji, el gobierno adoptó una decidida y enérgica política de difundir la instrucción popular. En pocos años se logró establecer en cada población del territorio nacional, por lo menos una escuela de enseñanza primaria. Naturalmente, el gobierno consideró prioritariamente la enseñanza primaria como medio de inspirar el nacionalismo al pueblo, con el alto propósito de consolidar el Estado-Nación recién creado. Pero, al mismo tiempo, alentó el aprendizaje de las ciencias humanas y naturales de Occidente.

El pueblo no dudó en aprovechar las oportunidades que se le presentaron. No pasó mucho tiempo para que el analfabetismo desapareciera prácticamente de la faz del territorio japonés.

Difundida la instrucción, la población adquirió la capacidad adecuada para absorber la cultura occidental y dar su operante aporte para acometer la gigantesca tarea de modernizar al país.

Elevar el nivel intelectual de las masas, acrecentar la capacidad del ciudadano, fue indudablemente uno de los factores claves en el proceso acelerado de la modernización del Japón. No está por demás decir que hoy, mañana y siempre, en cualquier rincón de la tierra, allí donde haya una escuela ha de hallarse presente la civilización humana que quiere superarse.